



Preparados para la siega y la trilla.

Era conveniente dejar la hoja de la dalla calentar al sol, una vez caliente se colocaba la hoja en la parte superior de la inclusa, y se iba martilleando con golpes secos recorriendo todo el filo de la hoja, repitiendo el proceso las veces que fuera necesario hasta conseguir un buen corte. Una vez que dicha hoja estaba afilada se comenzaba a dallar, llevando la hoja paralela al terreno, a uno o dos centímetros, con la mano derecha se llevaba el nivel de corte, y con la izquierda se tiraba hacia la derecha acompañando con un giro de tronco, el movimiento debía de realizarse con energía. Si el tajo estaba lejos de casa no era de extrañar que los segadores se quedasen a dormir en el propio campo.

Pero para segar había primero que labrar y sembrar, el arado de la tierra se realizaba con bueyes, y con mulos, estos últimos hacían que la labor se realizase de forma más rápida.

Las mulas eran el medio de tracción y que era menester cuidar. En tiempo de labranza había que darles pienso un par de veces por la noche para que repusiesen fuerzas, durante el día cuando se estaba lejos de casa se improvisaban pequeños pesebres en el campo. Si había que comprar alguna caballería se bajaba a Huesca en el mes de noviembre para la feria de San Andrés.

Al labrar, era conveniente llevar el surco recto como muestra de buena maña, para lo cual se toma-

ba un punto lejano como referencia. Primero se sacaba el rincón, en ocasiones, si el terreno estaba seco, a la reja le costaba entrar y era necesario esperar a las lluvias para que hubiese tempero. Si la mula era guita había que amansarla. De vez en cuando había que llevar la reja a la herrería para aluciarla. La tierra se dejaba descansar un año, y era para abril y mayo cuando se realizaba la tarea del arado. Como abono se utilizaba el estiércol tanto de las ovejas como de las caballerías y los restos de la maleza que resultaban de limpiar acequias, márgenes que se dejaban secar, luego se cubrían con tierra y después se prendía fuego. Había que dar una buena femada al campo. La siembra se realizaba entre finales de octubre y noviembre. Eso sí, había que evitar la luna cuquera. Se atablaba la tierra para deshacer los torcos luego se sembraba a voleo, a continuación se pasaba la grada y nuevamente el tablón. Si el año era seco era preciso "estorocar" con un mazo de madera. Junto a la buena semilla también surgían las malas hierbas que medraban con mayor vigorosidad, que era necesario arrancarlas a golpe de "jadico", había que escardar.

Una faena que se dejaba para los meses de invierno era preparar la leña para el año siguiente, esta actividad requería bastante trabajo, por lo cual siempre se decía que haciendo leña te calentabas dos veces, una cortándola y otra en la cadiera del hogar, aunque esta última siempre más agradable, recibir el calor de la lumbre escuchando el crepitar, contem-

plando la trémula llama. Las carrascas, cajicos, etc, se cortaban con la estral, y si el diámetro era mayor, con el tronizador. Los troncos se troceaban con el tronizador, posteriormente, si era menester rajarlos por su grosor, se utilizaba la "estral" o con la ayuda de alguna falca. Luego la leña era transportada con los carros hasta las viviendas donde se almacenaba con la finalidad de asegurar un invierno cálido aunque los termómetros bajasen bajo cero y la nieve cubriese con un manto blanco los pequeños pueblecitos. En alguna ocasión, incluso si

la masa forestal era abundante, se hacía alguna cabera para obtener carbón vegetal. Con las ramas se hacían pequeños fajos que se utilizaban para encender el hogar almacenándose en la sarmentera, o bien se vendían a las tejerías para alcanzar una buena temperatura en los hornos de cocción.

La suave brisa mece las doradas espigas. En el semblante del labrador se esboza una sonrisa, entona un alegre cántico por la fructífera cosecha, días de alegría, días de siega, va y viene la dalla cortando la mies, van y vienen los fatigados brazos recogiendo las gavillas, rostros atezados por las largas jornadas bajo el dorado sol, mulas negras como el azabache que tiran de los pesados carros, huellas de carros en los caminos, huellas de herraduras en los campos, huellas de abarcas en las eras, labrador que derrama lágrimas ante la pertinaz sequía, que mira al cielo rogando lluvias, labrador que admira cómo el verde de los sembrados se torna en dorado de las espigas, que trilla la pallada en la era dando vueltas y vueltas desgranando las espigas, labrador que entona una alegre melodía llenando las talegas de dorado trigo, que contempla los tonos rojizos del amanecer en el horizonte, labrador que década tras década pinta el paisaje agrícola con sus cultivos...

No puedo terminar este artículo sin expresar mi agradecimiento a mis padres José y Ascensión, sin cuya colaboración no hubiese sido posible escribir este artículo: "Recuerdos de un labrador".

>Para segar había primero que labrar y sembrar, el arado de la tierra se realizaba con bueyes y con mulos



Almogívars, 4 Huesca. 974 211 885
barreu@barreu.com

C.C. Coso Real Huesca. 974 238 260
barreucosoreal@barreu.com

Avda. de Lérida, 3 Monzón. 974 400 568
barreumonzon@barreu.com

Hernán Cortes, 12. 976 235 417
Avda. Pablo Gargallo, 72. 976 404 515
C/ Santander, 8. 976 875 246
ZARAGOZA

barreuzaragoza@barreu.com



La maquinaria fue aliviando las faenas posteriores a la cosecha.